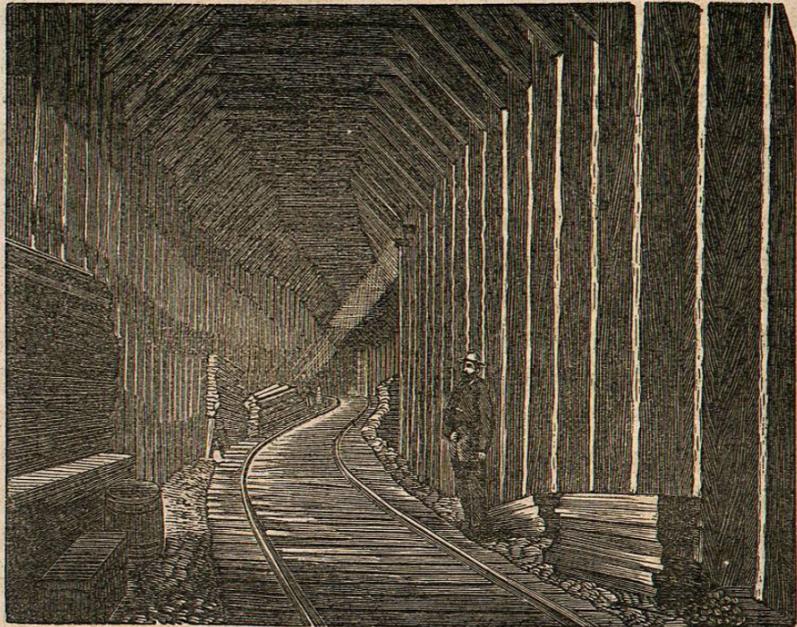


los aludes, como por la accidental del fuego, originada por el paso de las locomotoras. Este último peligro obliga á la Compañía á tener constantemente lista una máquina poderosa, provista de bombas con un tren de ocho ó diez carros—estanques, que suministren el agua suficiente para hacer frente á cualquiera emergencia y salvar así los snow sheds, los puentes y demás construcciones de madera.



LOS SNOW SHEDS.

Todos estos inconvenientes, aun sin atender al principal y decisivo de una enorme distancia, demuestran la incalculable superioridad que sobre este ferrocarril presentaría una vía interoceánica al través de nuestro territorio. Aun cuando la altura de este respecto del nivel del mar sea, en efecto igual, y en las regiones meridionales acaso superior á la de la parte montañosa del ferrocarril del Oeste, las menores latitudes de nuestro suelo producen una notable diferencia en sus condiciones climatológicas, siempre benignas aun en la zona mas septentrional. Las dificultades de construcción serian, pues, las mismas que ha sido preciso vencer en el territorio anglo-americano, si bien inmensamente reducido el costo de la vía en proporción de la menor distancia que habría que atravesar, la cual escogida convenientemente no excedería tal vez de la mitad ó de la tercera

parte de la comprendida entre New York y San Francisco. Pero la vía mexicana sería transitable con comodidad en todas las estaciones del año, sin necesidad de recurrir á otra clase de obras, como los snow sheds, que significan un importante aumento en los gastos ordinarios de explotación. En consecuencia, el menor costo de los fletes de tierra, la mayor dulzura del clima, la pintoresca variedad de nuestro suelo, serian á no dudarlo, motivos suficientes para que mercancías y viajeros prefiriesen nuestra ruta en el creciente tráfico entre el Oriente y el Occidente, derramando á su paso todos los beneficios inherentes á la actividad mercantil, en las ahora casi desiertas regiones de este país.

El 11 de Octubre por la tarde, pasamos por la estación de Sherman, que parece estar en la parte mas elevada del camino, estimándose su altura en 2512 metros sobre el nivel del mar, la cual es casi la misma á que asciende nuestro ferrocarril de Veracruz, y algo menos de 300 metros superior á la de la ciudad de México. Todas esas regiones pertenecientes al territorio del Colorado, que cuenta ya unos 60000 habitantes, tienen un clima seco y frio, pero reputado por uno de los mas sanos de la Union, hasta el punto de creerse que la simple residencia en ellos por algun tiempo, cura radicalmente varias enfermedades reinantes en otros Estados, y con especialidad toda clase de afecciones pulmonares. Allí empieza tambien la zona argentífera y aurífera que ha producido tantos millones, sobre todo en estos últimos años, hasta llegar á originar un desequilibrio y la correspondiente depreciación del valor de la plata respecto del oro.

Desde Sherman comienza á descender gradualmente el terreno hasta la parte mas baja del ancho valle, por donde corre el Green River á una altura de 1871 metros sobre el mar. En seguida vuelve á empezar el ascenso general hácia la Sierra Nevada, si bien con muchas alternativas de pendientes inversas, causadas por las diferentes serranías secundarias que surcan los territorios del Colorado y de Utah. El suelo es generalmente áspero, triste, desprovisto de vegetación aun en las altiplanicies interpuestas en las montañas, y hácia el Suroeste asoman los primeros picos nevados de la cordillera de California. El frio se hace sentir con mas intensidad, indicando que continúa el ascenso. En Aspen el barómetro que llevaba el Sr. Fernandez y con el cual hacia frecuentes observaciones, señala casi la misma presión atmosférica que en la ciu-

dad de México; y aquella estacion está efectivamente á 2388 metros sobre el nivel del mar, altura muy poco mayor que la de nuestra capital.

Desde la ciudad de Laramie, situada á poca distancia de Sherman, empezamos á ver á los trabajadores chinos empleados en la reparacion de la vía, y á cuya construccion contribuyeron en no pequeño número. Se ven tambien algunos descendientes de los primeros pobladores de este continente, los famosos *pieles rojas*, que durante tres siglos se han batido sin cesar con las razas conquistadoras de Europa, sin que estas hayan logrado ni someterlos por completo ni mucho menos civilizarlos. Hallándome en pleno país de mormones, examinaba yo con curiosidad aquellos tipos de tres razas distintas reunidas en el mismo suelo, y sin perder cada una de ellas, á pesar de su contacto con las otras, los rasgos distintivos de sus respectivos caracteres.

El mormon, ó el *santo de los tiempos modernos*, como se llama á sí mismo, antes cristiano, hoy reformador religioso, creyendo haber dado un paso en la senda del progreso al adoptar en medio del pueblo que mas considera á la mujer, la poligamia de los pueblos primitivos, conserva siempre el tipo perfecto de la raza blanca del Norte, activa, laboriosa, enérgica y dominadora.

El chino, astuto, desconfiado, lleno de aversion instintiva por todo lo que no pertenece á su patria, desempeña solo por amor al lucro el trabajo en cuya busca ha emigrado. Comprendiendo únicamente el arte bajo el punto de vista asiático, ejecuta como una máquina la labor que se le ha ordenado, sin cobrarle afecto, de una manera inconsciente y con la misma minuciosa identidad que emplea el castor para construir su choza. Entre tanto acaricia en el pensamiento los dollars que oculta quizá bajo los pliegues de su múltiple túnica, esperando paciente el momento de irlos á disfrutar á la tierra Celeste, mas allá del mar Amarillo.

El indio, activo, indomable, afectando un desden profundo por cuanto le rodea, y sintiéndolo realmente por todo género de trabajo, contempla con aparente serenidad la trasformacion gradual que va sufriendo el desierto en que nació; pero allá en el fondo de su corazon se exacerbaba quizá el ódio que le inspira la raza invasora á medida que va perdiendo la esperanza de conservar el dominio de las inmensas sabanas en que no hace mucho reinaba todavía como soberano.

Recuerdo que en una de las mas remotas estaciones del ferrocarril, en la cual se habia detenido el tren por algunos minutos, bajamos todos á dar algunos paseos frente al embarcadero para desentumecer un poco nuestros miembros. El frio era bastante vivo: algunos grupos de indios pertenecientes á la tribu de los Shoshones, vagaban tambien por allí esperando cambiar los productos de su miserable industria por algunas monedas de poco valor. Entre ellos me llamó la atencion un salvaje de estatura atlética, de facciones muy pronunciadas y no desagradables; pero á las que comunicaba cierta expresion de dureza y casi de ferocidad la multitud de rayas rojas y negras que surcaba su rostro. Medio vestido con harapos de paño de colores vivos, y en los que se notaban restos de un traje europeo, se abrigaba del viento helado con un manto de lana roja anudado sobre sus hombros. De pié en el extremo del embarcadero, estaba solo, inmóvil, con los brazos cruzados sobre su pecho robusto, y su gigantesca figura se destacaba vigorosa sobre el fondo del cielo, iluminado apenas por la última claridad del crepúsculo. Aquel hombre me fué simpático: su actitud meditabunda, su mirada altanera y triste que vagaba sobre la multitud revelando la mas completa indiferencia y sin dar á conocer la menor curiosidad, me interesaron sobremanera. Cediendo sin duda á la vivísima simpatía que inspira todo ser que es víctima de un abuso de fuerza, aunque esta se disfrace con el nombre de civilizacion, mi imaginacion prestó á la del salvaje toda la infinidad de pensamientos tristísimos que, en su caso, me habrian atormentado, y me acerqué á él con el fin de hablarle siquiera por señas y de ofrecerle algun dinero. Pero sea que el indio hubiera interpretado mal la curiosidad de que por mi parte era objeto, sea que no quisiese ser interrumpido en sus meditaciones, ó finalmente que su profunda aversion por los hombres civilizados le prohibiese la mas mínima relacion con ellos, como parecia indicarlo su completo retraimiento, el hecho es que me miró algunos instantes con orgulloso desden, y me volvió la espalda dando lentamente algunos pasos para alejarse de mí. Como yo le siguiese intentando trabar conversacion con él, se detuvo de repente, se volvió hácia mí y me lanzó una mirada tan colérica, tan impregnada de ódio y de rencor, tan amenazadora en fin, que parecia quererme devorar con el sombrío fuego de sus ojos. Estoy seguro de que si allí nos hubiéramos encontrado solos él y yo, se habria arrojado sobre mí para arrancarme la cabellera. Con-